

EL DESCONOCIMIENTO

JEAN SZPIRKO

Preámbulo

Aun antes de ser explicitada la significación de los términos, el término desconocimiento parece oponerse al de conocimiento, puesto que lo afecta un prefijo que le atribuye un valor negativo. Sucede que todos disponemos de ideas preconcebidas respecto a las palabras que utilizamos y, cuestionar el uso de los términos, aun cuando son imprecisos, es algo que violenta. Desde esta perspectiva, no es posible leer un texto sino a condición de que no contraríe demasiado algunas de nuestras convicciones y de que se inscriba en el marco de un saber ya constituido, en el cual todos encontramos referencias que atañen al mismo tiempo a una investigación y a su identidad. Esta última se caracteriza por compartir referencias en una comunidad científica, religiosa u otra... Es que los conceptos, en una disciplina, sólo encuentran valor en aquellos que los comparten para darles una función, cuando se trata de producir saber que implica siempre una nominación. Que otros saberes existan no plantea problemas, a condición de que esos otros *saberes* no cuestionen demasiado el uso de las referencias para las cuales cada uno, en su especialidad, dirige una especie de demanda de reconocimiento. Ahora bien, reflexionar acerca del desconocimiento no puede producirse sin plantear problemas al psicoanalista, en la medida en que especificar el desconocimiento en relación con el conocimiento, respecto de ciertas apuestas subjetivas que cada investigador presiente en sí mismo, consiste en aplicar ciertas referencias especializadas a otros dominios que pretenden ser *dominios reservados*. Cabe plantearse la pregunta acerca de si tal procedimiento es pertinente: depende del modo en que se lo lleve a cabo. Por consiguiente, invitaré al lector a aguzar su sentido crítico para considerar los enunciados de este texto más que la disciplina del autor.

Delimitar un concepto

El valor negativo de la palabra *desconocimiento* respecto de la de conocimiento se efectúa mediante connotaciones que son independientes del concepto eventual que dicho término recubre. Si nos referimos a la lingüística saussureana, la palabra tiene una función fonológica (la de significante), y una función definicional (la de significado). El concepto, desde este punto de vista, aspiraría a especificar un significado particular, de modo que las posibilidades de interpretación diferenciales estén lo más reducidas posible. Esta tendencia constituye una intención que nunca se realiza en forma perfecta.

En efecto, cada término, incluso presuntamente conceptual, encierra una dimensión polisémica que exige una recapitulación constante. Así, antes de continuar, es necesario diferenciar la significación de un discurso y su sentido.

La significación - a través de los conceptos - es la dimensión privilegiada en las ciencias donde lo que se dice -en cuanto al objeto de una disciplina - puede ser accesible a cualquiera que se proponga acceder al saber que constituyen los enunciados.

El sentido indica una posición de aquel que habla o escribe. Puede expresarse con rigor o dar la impresión de decir cualquier cosa según las modalidades repetitivas que permiten reconocer un estilo. Así, el sentido designa la orientación de una búsqueda que sitúa la posición subjetiva de un autor, sea cual fuere su talento.

En el punto en que nos encontramos, el desconocimiento puede revestir a la vez, a través de ciertas palabras o expresiones, un valor conceptual (más o menos argumentado), y un valor de sentido que designan tanto al que enuncia, como al que lo escucha y al que lo lee, en una posición que los especifica a cada uno a su manera, porque existen distintas modalidades de lecturas. Habremos de justificar más adelante cómo el desconocimiento privilegia un aspecto con respecto a otro.

El problema del valor conceptual de un término no está totalmente pautado por la toma de conciencia de las connotaciones que pueda tener. Este valor conceptual puede ser diferente según las especialidades en las cuales dicho término se usa. Por ejemplo, el hecho de que un individuo se declare culpable respecto de un acontecimiento, no lo

remite a una culpabilidad desde el punto de vista jurídico. Por otra parte, el término “psicología” no tiene el mismo valor según las especializaciones. La noción de “hecho” es, en psicología experimental, el elemento fundamental mínimo de una observación. Ahora bien, esta noción de “hecho” es cuestionada en numerosas disciplinas. La física teórica insta a observadores para formalizar fenómenos en lugares donde no podrían existir. En este sentido, la observación consiste en una invención lógica en un marco conceptual determinado. De esta misma manera, un hecho no puede ser reemplazado por un instrumento (que suple al observador) sino porque se lo calibra para localizarlo. El hecho sólo encuentra su lugar en un dispositivo donde se lo espera. Un hecho no habla. Un hecho no habla - cualquiera que sea la disciplina implicada - sino de la manera en la que se lo hace hablar, es decir respecto a la interpretación que se le atribuye. En este sentido, cabe preguntar cuál es el estatuto de la interpretación en diferentes disciplinas.

Me parece que debemos acudir a otro ejemplo para ilustrar el polimorfismo de un término al cual se le han asignado diferentes apreciaciones conceptuales, algunas un tanto vagas. Tomemos el término “sujeto”. Existe un sujeto del verbo, del enunciado, de la enunciación; un sujeto del rey o de la república asimilable a un ciudadano; un sujeto de la experiencia que, en este caso, resulta ser su objeto; un sujeto de la filosofía... y un sujeto del psicoanálisis que no puede asimilarse a alguien. La pregunta se impone entonces con insistencia, ¿qué es el desconocimiento? ¿Respecto de qué tipo de saber o de conocimiento encuentra sus puntos de referencia? ¿Es pertinente exportar lo que representa de una disciplina a otra? y si es así, ¿a partir de qué criterios? Estas preguntas forman, de alguna manera, el eje que sirve de armazón y de apuntalamiento a este texto. (1)

¿De qué desconocimiento se trata?

Para tratar de circunscribir el desconocimiento, abordaremos lo que designa el conocimiento, que se funda él mismo en el saber. El saber relativo a una disciplina puede ser atesorado en diferentes lugares accesibles, como bibliotecas o memorias de computadoras. Está constituido por una suma - en un momento dado - esperando

nuevos aportes que vendrán para... aquellos que se interesan en él y que no pueden saberlo todo de dicha suma.

El saber, independientemente de quienes se apropian de él, es un saber muerto, así como los diccionarios pueden ser cementerios de palabras. Es la mirada del investigador y /o del lector lo que les da vida.

El saber se vuelve conocimiento desde el momento en que es integrado por individuos que van a jugar con él, en diferentes combinatorias, en un proyecto que no se construye sin dolor.

En esta gestión, el conocimiento es inseparable de cierta relación con el saber que manifiesta cada investigador. Varias referencias son posibles en este nivel: el saber es incompleto. Ningún investigador sabe todo en su disciplina, y, cuando produce un enunciado nuevo, este aporte no contribuye a colmar una falta en el saber. Por el contrario, lo desconocido, en una disciplina, se desarrolla con los descubrimientos nuevos, ya que cada uno desmultiplica a su alrededor nuevas preguntas.

Con respecto al saber, cada uno se sitúa en una relación con la falta sin ignorar que querer saberlo todo es una tentativa imposible que no por eso cancela su intención. Esta última, como el deseo, afronta límites fluctuantes entre lo imposible y lo posible, lo real y la realidad.

La gestión del conocimiento designa un modo de subjetivar un saber, de apropiárselo o de excluirlo. En este sentido, el desconocimiento no designa la incompletud del saber (un no sabido en el saber), sino algo en la *relación con el saber*, algo innombrado que puede tanto atraer como horrorizar, según cada cual. Este desconocimiento es inseparable de una posición subjetiva, que remite más a *lo que incita o prohíbe la gestión de saber* que al saber mismo.

Ahora bien, la relación con el saber - y es esta relación lo que importa - implica una relación con el lenguaje, sin el cual el saber no se podría transmitir, ya que aun la lectura de una ecuación implica comentarios sin los cuales la escritura sería un puro sin sentido.

Tendremos que interrogar - a diferencia de las demás disciplinas relativas a un saber - algunas hipótesis que atañen a esta instancia que sostiene la relación con el saber,

confrontada a apuestas para las cuales el desconocimiento no tiene sólo una función negativa.

Procesos de adquisición del saber

Los procesos de adquisición del saber no se vuelven problemáticos sino cuando se los hace caer en falta. En efecto, como en toda disciplina, es la excepción lo que permite inscribir un asombro a partir del cual se puede construir una investigación (2). En un momento determinado, algo viene a poner trabas –tanto en el adulto como en el niño - como si algunas referencias no pudieran ser adquiridas, utilizadas, combinadas con otras en una especie de mapa de saberes determinado. Estas referencias son asimiladas a espacios vírgenes en una geografía del saber constituido. Se parecen a una biblioteca en la que algunos libros, presentes en un catálogo, se manifestarían por su ausencia en los anaqueles. Estos libros atañen a ciertas disciplinas particulares o a ciertos aspectos específicos de un programa. En cambio, en la ausencia de catálogo, un espacio vacío no siempre permite determinar si falta algo o no.

La relación con las referencias no carece de emoción. Podemos observar, en efecto, que todos podemos preciarnos de conocer y de manipular tal o cual referencia, tanto como de no saber nada o de ser incapaces de utilizar tal o cual aspecto del saber, como si un mecanismo de compensación (que no por casualidad es un término bancario) acentuara un valor cualitativo en detrimento de otro: la matemática con respecto a la literatura, por ejemplo. Así, referencias adquiridas o no adquiridas permiten atribuir al término impreciso de “personalidad” cierto indicio de valor.

Que la dificultad o la incapacidad de adquirir referencias se asimile a un síntoma no constituye, a priori, una molestia. En cambio, extender dicho síntoma a una aptitud, puede suscitar alguna sorpresa (3); emitamos esta hipótesis antes de continuar.

La manifestación de dificultades en cuanto a la adquisición de referencias suscita el proyecto de determinar cómo vencer o esquivar dicho obstáculo. Con este fin, algunos investigadores elaboran metodologías que constituyen pedagogías especializadas. Estos procedimientos desembocan algunas veces en éxitos relativos, nuevas ganancias, con respecto a los objetivos buscados. Cabe entonces preguntarse si el

éxito ha sido adquirido gracias a la metodología o gracias al modo de atención con que el sujeto - objeto de la experiencia - se sintió, en el mismo movimiento, investido de preocupaciones que no dejan de evocar en él otras connotaciones. A veces, el éxito tarda, como si aquellos que habían aceptado someterse al proceso, convirtieran una parte de sus esfuerzos para contrariar a los experimentadores o a los pedagogos que se hallan desconcertados. Cuando se trata de adultos, las explicaciones reiteradas relativas a los beneficios que da dicho procedimiento tienen valor de argumentos. Estos últimos pueden tener un efecto por un tiempo indeterminado hasta la eventual ruptura del contrato. En este procedimiento, el adulto, relativamente esclarecido de la intención a la cual se ha sometido, manifiesta sus reticencias. Para un niño que depende de sus padres, de los experimentadores - incluso los "especializados" en su edad - el problema es a veces dramático, aunque esté callado. En efecto, este sufrimiento no puede percibirse sino a condición de integrarlo en una interpretación de los fenómenos en un marco conceptual dado. Esta percepción no puede localizarse en un sistema que desconoce el inconsciente. Por eso, el sufrimiento tiene alguna dificultad en hacerse oír, aun cuando no está callado. Faltan precisamente algunas codificaciones para dar sentido a diversas manifestaciones del niño.

El razonamiento de los que justifican la intervención por el bien del niño es del mismo orden que el razonamiento de los que predicen que "el fin justifica los medios", hasta cometer lo peor, que siempre se practicó en nombre del "mayor bien".

Para aclarar el hecho de que una dificultad de aprendizaje no reviste exclusivamente un "problema cognoscitivo", basta recordar - no querer desconocer - que no se inviste cualquier disciplina indistintamente. Si los estudiantes eligen algunas especialidades, más o menos por casualidad, otras elecciones se excluyen rigurosamente. Asimismo, toda dificultad encontrada no se resuelve necesariamente mediante consejos juiciosos o mediante un esfuerzo intelectual en la disciplina en cuestión. Además, *la perspectiva de una adquisición nueva en el saber no es necesariamente apreciada como una ganancia*. Los más militantes de un desacuerdo relativo a la frase precedente pueden dar fe de ello, puesto que se trataría para ellos de adquirir referencias susceptibles de cuestionar algunas de sus creencias, aun si se trata de creencia en la ciencia.

En el camino recorrido por este texto, el término inconsciente ha sido interpelado como una dimensión correlativa no al *saber*, sino a la *relación con el saber*. En efecto, lo que importa no es la disciplina (psicología, medicina, literatura, matemática, física...), sino la relación que con ella establece cada individuo que se invierte al querer explorarla, al sacar de ella algunas enseñanzas para sí mismo. De esta manera, muestra una posición subjetiva singular, aunque la disciplina se explore mediante conceptos colectivamente reconocidos por los pares.

Si el desconocimiento no se refiere al *saber* sino a la *relación con el saber*, ésta es inconsciente, y el problema que se plantea es poder localizarla.

En esta problemática, la práctica analítica (a partir de Freud y de Lacan) proporciona algunas referencias para tratar de despejar algunas condiciones necesarias a partir de las cuales el acceso al lenguaje y al saber puede precisarse en una preocupación que no excluye intentar una formalización de sus aportes, volverlos accesibles a otros especialistas a partir de una lógica de proposiciones. Su atención crítica es siempre solicitada, a través de su juicio, y no mediante la actitud de hacer oídos sordos que sustenta al desconocimiento, en tanto que éste obra como protección... de efectos del inconsciente que quedan por precisar.

Especificidad del psicoanálisis con respecto a otras disciplinas

Cada disciplina se define a la vez por:

- el marco del saber en un campo dado que articula conceptos y símbolos en una gramática y/o una axiomática específica;
- el objeto de la investigación que puede encerrar un término general (el título de una disciplina) o un objeto específico que orienta investigaciones particulares;
- el investigador que, a través de un nombre propio y una función de especialista, conjuga su propia historia familiar, apuestas particulares en un marco de saber en el que encuentra sus referencias, y el objeto de su disciplina que reviste un aspecto colectivo, singularmente matizado por algunos *docentes* que han podido marcar su orientación y sus preocupaciones.

- 1) Tanto en las ciencias como en el psicoanálisis, el marco del saber preexiste al procedimiento de investigación para constituir una invitación a confirmarlo o a perturbarlo gracias a hallazgos que se han de producir. Si, en el campo de las ciencias, un investigador inventa una propiedad nueva, se inscribe como autor con respecto a una patente registrada en una fecha determinada, porque otro autor podría, en el mismo momento o más tarde, producir el mismo invento.

No es para nada seguro que este fenómeno concierna al psicoanálisis, aun si sus fundamentos llevan la marca de una época, porque es inseparable del discurso de Freud, de su relación con el saber en cuanto que ha podido producir enunciados, retomados por Lacan, que ambicionan fundar una especie de *ciencia de la singularidad*. Entonces, el borramiento del nombre de un autor en una disciplina, detrás de los hallazgos que produjo, no es realizable en el campo del psicoanálisis. Este implica necesariamente -en su teorización- la evocación, no exclusivamente de las referencias como de las bibliografías de una tesis, sino de referentes constituidos por el nombre de fundadores privilegiados como Freud y Lacan.

Por otro lado, el analizante (que es quien pone en juego su demanda de análisis durante el desarrollo de una cura) no tiene por función integrar un saber preexistente (la enseñanza de Freud y de Lacan, por ejemplo). A partir de la regla fundamental que consiste en decir - sin seleccionar - lo que se le ocurre durante las sesiones, se trata para él de poder ser sorprendido por sus propios enunciados, al punto de interrogarlos, incluso de ser interrogado por ellos. Repeticiones, temas recurrentes con los cuales va a enfrentarse, le permitirán localizar algunas de sus investiduras fundamentales que determinan su relación con el mundo y con las cosas. En este recorrido, puede incluso ignorar el *saber referencial* de la práctica analítica y avanzar en la cura, e incluso muchas veces, *ese saber supuesto* constituye una suerte de obstáculo que se revela - para algunos - como infranqueable, aun después de haber trabajado mucho el obstáculo, y elaborado tesis al respecto. Existe incluso - a partir

de Freud y hasta hoy con Lacan - una población de loros que recitan fórmulas que aprendieron de memoria creyendo que se trata de psicoanálisis.

- 2) El objeto de una ciencia puede consistir en una hipótesis que ha de demostrarse en el marco de una disciplina. Este proyecto constituye una demanda que el investigador dirige a su disciplina y a la cual puede encontrar respuesta gracias a un hallazgo que puede enunciar.

El objeto de una demanda admisible en el campo social (obtener una función, un título, un auto, un barco...) se caracteriza, en el psicoanálisis, por no recubrir del todo lo que se esperaba en el momento del enunciado de la demanda. Algo falta en lo que se presumía, y lo que falta aparece como un detalle esencial. Resulta que para algunos analizantes, la demanda no aspira a una satisfacción sino, por el contrario, a una insatisfacción paradójicamente reconfortante. Lo que falta es a la vez soportado por el significante de la demanda situándose en un más allá, en un plus a alcanzar que constituyen una especie de llamado, siempre (felizmente) inaccesible.

Este objeto, siempre oculto por la demanda, es también revelado por ella. La demanda gira en torno a él sin poder nombrarlo. Este objeto - que Lacan designa como *objeto a* - es calificado a la vez como causa y como vector orientado del deseo: su meta. Si bien no puede ser nombrado, se lo puede deducir, puesto que constituye *la razón* de la demanda que gira en torno a él.

- 3) En las ciencias, el investigador es el especialista quien - titular del saber referencial - está en condiciones de explorar dicho saber.

En el psicoanálisis, es el analizante quien está en posición de investigador en la tarea que consiste en descifrar los avatares de su deseo sin común medida con el deseo de otro. En esta operación, el psicoanalista recibe la demanda, a la cual no responde, para permitirle encontrar su sentido. Si el psicoanalista puede ser considerado él mismo como investigador, a través de las tentativas de teorización con las que se enfrenta, es porque, a su vez, se sitúa en posición de analizante de su propia práctica en tanto que no deja de interrogarla, y porque siente la imperiosa necesidad de rendir cuentas. En la cura, el saber del psicoanalista reside, en

particular, en el hecho de que no se toma por el objeto de una demanda, aun cuando a él va dirigida. Esta última es operante cuando el analizante gira su atención hacia el enigma constituido por sus propias modalidades de discurso que indican su posición deseante, singular, insospechada hasta entonces.

Esta inversión en la posición del saber en la que el analizante se ve afectado por un saber no sabido, en barbecho, resulta muchas veces insoportable a investigadores de otras disciplinas que no pueden establecer paralelos con su práctica. Este punto - que merece la atención - es fundamental, pero no es el único. Les propongo otros cinco que ilustran esta dificultad insoportable :

- que un inconsciente pueda *existir* y que aspiremos - aparentemente - a conocerlo sin lograrlo nunca. Se burla de cualquier proyecto de dominio al respecto. Lo que especifica su existencia reside esencialmente en su necesidad lógica como causa de los efectos que produce: inhibiciones, síntomas, sueños, lapsus y actos fallidos...;

- que la demanda sea el disfraz que toma el deseo mientras que éste último no puede decirse, apenas deducirse, de la forma de esta demanda;

- el punto precedente implica una función *erotizada* de la demanda, aunque aparente ser algo *etéreo* como un ideal;

- que el *objeto a* del deseo sea enigmático, al punto de caracterizarse por no ser nunca "completamente eso", a partir de un significante que lo interpela;

- que lo importante en el análisis no es el significado -formalizado en los conceptos por ejemplo- sino significantes articulados entre ellos, a partir de connotaciones, en una lógica que nunca es dada por adelantado y que ha de reconstruirse - eventualmente - por aquel o aquella que ha producido dicha articulación en una cadena que no es igual a ninguna otra.

En esta lógica, el saber no está especificado en un vocabulario propio a una disciplina, sino que sólo obedece a una articulación de significantes sin la cual ningún saber podría transmitirse. En efecto, se necesitan palabras para ver, aunque más no fuera una célula en el microscopio (membrana, citoplasma, núcleo...), y

comentarios para aprender a desarrollar ecuaciones. Lacan da al saber el estatuto de significantes, a los cuales atribuye el símbolo S2. Los significados de cada disciplina, aunque designen los conceptos más finos, se ven “reellenos” de significantes, con los que la subjetividad de cada especialista está necesariamente comprometida. Si esto da al psicoanálisis un campo de aplicación relativamente invasor y transversal a todas las disciplinas, se puede, no obstante, rechazar que algunos “analistas”, insoportablemente presuntuosos, se inmiscuyan en otras disciplinas sin haber sido invitados, proponiendo “interpretaciones” que sólo tendrían valor en el espacio de la cura y en el caso por caso. En efecto, el psicoanalista no podría prevalerse de un papel de experto. Cuando se instituye en esta práctica, da fe de su propio desconocimiento hacia la especificidad de su propia disciplina (5).

En esta gestión que destaca singularidades (ya lo hemos evocado), el valor de un significante no obedece sino al lugar que ocupa en una cadena con respecto a un *antecedente* y a un *consecuente*, independientemente del significado. Entonces, la singularidad se vuelve radical y cuestiona el valor mismo de lo que puede representar el proyecto de “comprender” a otro, un ser amado por ejemplo. En efecto, si los significantes que estructuran el deseo de un compañero o de una compañera carecen de equivalencia en uno y otro, aun si esos significantes parecen fonológicamente idénticos - en particular en una declaración de amor - ¿qué representa el verbo *comprender*, sino una ilusión convencional? Es importante entonces tener en cuenta esta dimensión - a menudo desconocida - cuando se evocan los términos de una historia de amor o de una experiencia compartida.

La singularidad radical de cada uno es a menudo reivindicada; sin embargo, parece que sólo la teoría psicoanalítica es capaz de darle consistencia en la subjetividad. Esto plantea problemas, pues la reivindicación de una singularidad se enfrenta con el terror de que la existencia de una particularidad de esa índole sea posible. Ilustramos aquí el estatuto de la demanda en su función paradójica. Las palabras de la teoría freudiana para designar dicho mecanismo de “lo sé perfectamente... pero sin embargo” (6), son la “negativa” y la “denegación”. En los procesos evocados por estos términos, el

desconocimiento encuentra su pleno desarrollo. Tendremos que situar lo que él preserva en el marco de la represión fundado en las teorías sexuales infantiles que acompañan el acceso del infans al lenguaje y al saber.

El inconsciente freudiano / el desconocimiento

Antes de Freud, el inconsciente de los filósofos permitía designar una parte de no-sabido producida por la incapacidad de una atención total en un momento dado. Freud ha dado su especificidad al inconsciente atribuyéndole una función dinámica a partir de dos nociones, que son el “desplazamiento” y la “condensación”. Lacan afinará estas nociones teniendo en cuenta el vector lingüístico que las sostiene y que Freud había evocado sin sacar de él todas las consecuencias. Así, estas nociones se convertirán en: la “metonimia” y la “metáfora”.

Tanto para Freud como para Lacan, el inconsciente no es un órgano. Se descifra en la cura, ya lo hemos evocado, como la supuesta causa de los efectos que engendra. Constituye una hipótesis fuertemente argumentada que funciona según modalidades confirmadas por la clínica. En este sentido, el pasado no cesa de *reinventarse*, en una relectura en el presente, según modalidades narrativas y repetitivas donde el que habla se designa como testigo activo de una rememoración que lleva siempre la marca de una posición subjetiva.

En la “transferencia”, que instaaura una relación particular entre el analizante y el analista, es donde se juega y se vuelve a jugar la reactualización de viejas emociones que, en su desciframiento, hacen eco de otras emociones que ponen en correspondencia las “representaciones” que acompañan dichos afectos, independientemente de las distancias temporales que las separan. Lo que deduce Freud de ello es que “el inconsciente ignora el tiempo”. Por otra parte, si la representación psíquica de un acontecimiento es necesaria para situar el afecto que lo acompaña (esta representación tiene el nombre de “significante” en Lacan), se comprenderá mejor por qué Lacan atribuye al afecto el término de *objeto a* ya evocado en un capítulo precedente.

Para Freud, el aparato psíquico se construye y funciona según dos modalidades que ponen en un movimiento dialéctico el placer / displacer confrontados con lo prohibido que socializa progresivamente al infans en su relación con el lenguaje, que instituye la relación con un otro en sí mismo y con los otros, con los cuales deberá confrontarse. Este otro en sí mismo, de una extraña familiaridad (7), muestra la manera con la que cada individuo lleva un extraño en su propia morada. La estructuración progresiva de cada infans no es fácil ni evidente, como lo muestran las dificultades que se revelan insuperables en la carencia de cuidados (hospitalismo), pero también en la situación en la que un lactante, *colmado* por su madre, se encuentra en la incapacidad de acceder al lenguaje y al deseo que necesita un llamado, una demanda. Es que entre *no suficiente* y *demasiado* se juega el delicado equilibrio de una norma imposible de establecer, ya que no hay *predecibilidad* de los efectos de una actitud parental. Dichos efectos no serán eventualmente perceptibles sino en el “*après-coup*”, a contratiempo de la rememoración en la cura.

En esta estructuración del niño, el problema de la percepción de la diferencia entre los sexos tiene un papel fundamental porque constituye, de alguna manera, el modelo fundamental de la percepción de lo que representa *una diferencia*. Ahora bien, sin *la diferencia*, cómo determinar los parámetros que permiten intentar pensar; en efecto, no es la misma operación la que consiste en repetir, en acumular una serie de proposiciones, que la que consiste en clasificar, superponer, dividir, orientar, combinar, asociar, disociar, sumar, restar, sustituir... a través de los deslizamientos selectivos.

En un artículo titulado “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (8), Freud establece una diferencia entre el niño y la niña. Con sólo mirar, la niña “sabe” (descubre esa diferencia), mientras que el niño se conduce como si rechazara la percepción de esa diferencia. Esto implica no una no-percepción, sino la necesidad, para él, de ocultarla mediante otras representaciones que convocarán esta percepción, permitiendo su represión tras otras representaciones / otros significantes. La metonimia y la metáfora realizan dichas operaciones. La metonimia puede interpelar una percepción originaria, sin que esta última aparezca a la consciencia. Esto permite hablar de otra cosa como de *tener o no tener* (un examen, una oportunidad, un

objeto...). El mecanismo de la metáfora consiste en combinar en una unidad de lenguaje dos elementos aparentemente heterogéneos: “Esta oscura claridad que cae de las estrellas”, “Miraba sin ver”, “Ella le ofreció una manzana”... La metáfora no es específica de la poesía.

Tener y *ser* se dialectizan y - salvo el Dios del Antiguo Testamento - cada individuo se sitúa en una falta con respecto a cada uno de estos verbos. En efecto, sea cual fuere el nombre de bienes o atributos relativos a los verbos tener y ser, no pueden decirlo todo. El espacio de la falta está siempre abierto. Esa falta no carece de connotaciones inconscientes. Freud utilizó el término “castración” para designar dicha falta. La castración recubre diferentes nociones a través de las referencias lacanianas de lo Real, de lo Imaginario, de lo Simbólico (9). La castración imaginaria se refiere al órgano visible: el pene. La castración simbólica designa la relación con la falta en cuanto que dicha relación es inseparable de las funciones del lenguaje. Este se revela en la incapacidad de sostener las exigencias que promueve, a saber: decir la verdad toda, decirlo todo sobre una cuestión... Ahora bien, la construcción de lo humano pasa por el acceso al lenguaje que lo especifica con respecto a otros mamíferos, y lo humano se caracteriza entonces por fallas repetitivas, dificultades singulares que sólo pueden tomar sentido en el caso por caso. Estas fallas están en correspondencia con una falta fundamental en el lenguaje.

Este acceso al lenguaje pasa por la madre que parlotea con su bebé a la vez que le habla. El discurso de la madre lleva la huella de lo que Lacan llama “la metáfora paterna”, que permite al niño no ser colmado por la madre, de quien no es el exclusivo objeto de atención. Ahora bien, el discurso de la madre implica aproximaciones privilegiadas de significantes, connotaciones ya establecidas que el niño va a recibir y que van a tramar una especie de mapa originario en el que van a inscribirse los significantes que van a constituirlo. Así, algunas familias atribuyen connotaciones específicas a significantes que carecen de eco en otras familias con el mismo origen cultural. Esto construye una especie de *predestinación relativa* de cierto número de rasgos que participan de una concepción del mundo que el mismo niño va a construir, y que supondrá universal (10). Muchos adultos tratan de preservar a toda costa esa

ilusión, a pesar de las desmentidas más o menos dolorosas. Es que, acompañar a alguien en una historia de amor, compartir una experiencia, no implica necesariamente una *comprensión* recíproca, sino un interés relativo a apuestas diferentes para el otro, apuestas que nunca podrán dilucidarse totalmente. Estas apuestas dan fe de una relación específica con el ser y el tener en donde la noción de complementariedad tiene una función ilusoria. En este sentido, si existen actos sexuales, la relación que implicaría esta complementariedad no existe. Sin embargo, no deja de habitar nuestros sueños como si, aun sabiéndolo, no quisiéramos saber nada de ello. Esto permite decir a Lacan que “el amor es lo que suple la ausencia de relación sexual” (11).

La aserción de Lacan “no quiero saber nada de ello” (12) pone el acento en la represión en tanto que es inevitable. Constituye incluso el apuntalamiento fundamental del desconocimiento que atañe a los avatares del deseo. Ahora bien, dicha represión no tiene sólo un valor negativo, sino que es ella, incluso, la que da su estatuto al inconsciente.

Debido a la metonimia y a la metáfora, cada significante evoca otro significante - cualquiera que sea - cuyos efectos pueden ser inesperados. Por ejemplo, en la vida social, una palabra oída -aun anodina - puede generar un malestar, un pánico desconcertante. Esto puede producirse durante una simple conversación, en una réplica en voz alta, o en asociaciones de palabras relativas a una historia que se desarrolla en silencio. A menudo, este malestar se produce cuando la represión no ha sido puntualmente operante. Una puerta se ha abierto a un significante que franqueó la barrera de la represión, al punto de evocar algo insoportable sin que nadie pueda decir nada. Sólo aquel que ha vivido ese desconcierto - que se repite a veces - posee la clave de ello, sin saberlo conscientemente. En efecto, los mecanismos de la metáfora y de la metonimia son modalidades funcionales de la represión. Permiten excluir del campo de la consciencia los cimientos libidinales atemporales que animan el deseo en la vida cotidiana. Esta represión es necesaria e instaura un desconocimiento bienvenido. Evita la confrontación permanente con los riesgos del deseo, preservando la atención sobre representaciones que desvían la atención hacia otro objeto. Es lo propio de la

“sublimación”, que consiste en desviar una moción pulsional hacia una meta distinta de su objeto. Esto da a veces acceso a la creación literaria, artística, científica.

Efectos del psicoanálisis sobre el desconocimiento

Los efectos del psicoanálisis sobre el desconocimiento pueden revelarse paradójicos sin las categorías de lo Real, de lo Imaginario y de lo Simbólico, que permiten atribuir a cada palabra matices, funciones específicas. En efecto, el levantamiento de la represión relativa a las amnesias infantiles no tiende a actualizar los recuerdos de una manera permanente, sino a reconstruir una represión. Esta represión está afectada por una función simbólica, que tiene en cuenta no los ideales de la cura (dimensión imaginaria), sino las inevitables tensiones psíquicas (dimensión simbólica). En este sentido, la represión producida por la cura se revela estructurante. Asimismo, las consideraciones relativas a los síntomas - que no son identificables a síntomas médicos - permiten situar dichos síntomas a través de la función que ocupan. Pueden tener una función saludable, asociada a una culpabilidad imaginaria dolorosa que se trata de discernir. En este sentido, el psicoanálisis puede mostrarse operante en la dimensión imaginaria de los síntomas sin proceder por ello a su cura (de un punto de vista médico), ya que el psicoanálisis y la medicina no se dirigen al mismo objeto. Negarse a saberlo, aun luego de haber presenciado su demostración, muestra claramente la insistencia de una idea preconcebida del desconocimiento perpetuamente renovado. Ese “no quiero saber nada de ello” del inconsciente aspira, de alguna manera, a exorcizar su insistencia. En efecto, no aparece en la cura sino como emergencias puntuales que se trata de dilucidar cuando surgen. Nunca lo inconsciente podrá devenir consciente. Formular proposiciones al respecto, ya se trate de *saber*, de *toma de consciencia* o de *revelación*, no puede abolirlo y resolver el problema del desconocimiento. Creer en esta posibilidad es la expresión de un puro fantasma que es sin duda el más universalmente difundido: el fantasma de dominio. Este fantasma se despliega en el registro imaginario, y la falla acosa incesantemente a quienes lo niegan o no pueden renunciar a él. Los efectos de este fantasma se revelan muchas veces devastadores, tanto en las relaciones amorosas, profesionales, como en una disciplina privilegiada que, siempre, confronta a

un individuo con sus límites. Lo mismo sucede con las disciplinas artísticas o científicas en las cuales cada adepto se implica a través de los significantes de su propia historia.

Los significantes de cada individuo tienen sus raíces en una saga familiar. Se transmiten de generación en generación, en lo dicho y lo no-dicho, y las funciones del padre (real, imaginario, simbólico) son relativamente ambiguas, portadoras de confusiones (13). La culpabilidad viene a encubrir un interdicto insistente, que no debe ser formulado, para evitar un enfrentamiento imaginario.

La servidumbre voluntaria se despliega en el desconocimiento, suscribiendo a las imposiciones de sustituto de autoridad cuya vanidad es sin embargo aparente. Esto lleva a algunos adolescentes a renunciar a sus preocupaciones, sus gustos, y a algunos investigadores a no exponer sus trabajos, a interrumpirlos, o a entregarse a apuntalamientos que evitan llegar a una conclusión. Esta evitación permite conjurar un riesgo imaginario que convoca viejas representaciones demasiado dolorosas. Presentir un efecto posible del psicoanálisis sobre este síntoma sólo puede volverlo insoportable - sobre todo si es operante - porque un síntoma va acompañado de goce, aun si éste aparece como doloroso. Ahora bien, la experiencia analítica lo demuestra, nadie renuncia a un goce, sino en provecho de otro que, en el caso de una demanda de cura, constituye una especie de apuesta pascaliana, siempre cuestionada. Se confirma entonces que el desconocimiento no puede ser levantado, ni siquiera en el proceso de una cura, a penas puede ser dilucidado progresivamente y dialectizado en la transferencia a través del modo en que no deja de designar y de renovar su influencia.

- (1) Jean Szpirko - "Les catégories RSI sont-elles exportables?" - Les Carnets de Psychanalyse (Le Réel, la Réalité) n° 5/6 - 1994.
- (2) Jean Szpirko - "C'est l'exception qui fait la loi" Apertura (Psychanalyse, science et rationalité) n° 9 - 1994.
- (3) Jacques Lacan - Le sinthome - Séminaire 1975 - 1976.
- (4) Jean Szpirko - "Incidence du référent dans les textes de psychanalyse" - Actes du Lacano-américain - Buenos Aires - 1995.
- (5) Françoise Petitot - "L'expert psy en question" - Les Carnets de Psychanalyse (Transfert et Sujet Supposé Savoir) n° 8 - 1996.

- (6) Octave Mannoni - "Clé pour l'imaginaire ou L'Autre Scène" - Editions du Seuil - 1969.
- (7) Sigmund Freud - "L'inquiétante étrangeté" et autres essais - Folio - Essais - Gallimard - Paris 1985 - Editions Imago 1919.
- (8) Sigmund Freud - "La vie sexuelle" - Puf 1969 - chapitre IX 91915).
- (9) Jacques Lacan - "L'inconscient" - VI^{me} Colloque de Bonneval - 1960 - Editeur Desclée de
- (10) Brouwer - 1966.
- (10) Sigmund Freud - "Trois essais sur la théorie de la sexualité" - oct. 1914 - Gallimard 1962.
- (11) Jacques Lacan - Séminaire XX "Encore" - 1972 - 1973 - Seuil 1975.
- (12) idem
- (13) Jean Szpirko - "Les fonctions du mot *père*" - La lettre du graphe (Le père exclu : vers une société incestueuse?) n° 24 - Eres 1996.